

El amor como invención y descubrimiento

Raquel Asún

Pedro Salinas, *Cartas de amor a Margarita, 1912-1915*,
Alianza Editorial, Madrid, 1984, 270 págs.

Los epistolarios amorosos, dirigidos al otro y no a los otros, son buena fuente para conocer un vasto ámbito de matices y sensaciones interiores que, por discreción, recato o sentido de la intimidad, se escapan de los textos escritos con un propósito literario previo. La carta puede convertirse en el solo lenguaje de la intimidad donde el sentir marca sus pautas y hasta las cóleras y sus contradicciones. Puede o no haber una directa relación entre aquéllas y las obras literarias de su autor. Ninguna de las protagonistas creadas por Emilia Pardo Bazán nos harían pensar en la picardía, en el simpático desparpajo de la mujer que tan apasionadamente escribiera a Galdós. Por el contrario, el "Todo esto da asco" de Cesare Pavese, que él convirtió en patético testamento previo al suicidio, se magnifica cuando por sus cartas a Constance sabemos que a la implacable lucidez de la inteligencia se añadía la desesperada vivencia de un estar en el sinsentido. La diversidad es de los individuos y más cuando se hablan a sí mismos. Y, pese a los tópicos, los testimonios de esa escritura-carta convertida en confesión, autoengaño, hasta a veces vulgaridad y prosaísmo, son, por curiosidad o morbosidad de editores y lectores, más frecuentes de lo que aquéllos afirman.

Las *Cartas de amor a Margarita*, de Pedro Salinas, editadas ahora por su hija Solita Salinas de Marichal, son una buena fuente para conocer al hombre y al poeta. En su conjunto, aparecen como un nuevo testimonio de la eterna constante amorosa que, como Pigmalión, necesita la existencia del otro para tener una conciencia de sí mismo y tener al tiempo razones para el autoreconocimiento y la invención. Las ciento cuatro cartas que componen la colección coinciden en ese punto y en él radica su mayor interés. Ella, Margarita Bonmatí, la futura esposa, está situada desde el principio en el alma del poeta aunque como figura histórica, real, concreta, aparezca desdibujada. Sorprende el tono didáctico y de superioridad con que él le comenta noticias literarias y culturales y hasta parece que no tenga excesivo interés en explicarle qué piensa de

Ortega, de Unamuno, de España o de la Liga para la Educación. Los sucesos biográficos, los datos cotidianos del intelectual no son nunca motivo. El lector no encontrará un hecho histórico que Salinas no haya comentado mucho más prolijamente en cualquiera de sus ensayos. Lo que él comparte con ella no son ideas sino sensaciones y así, la hipotética compañera queda trasfigurada en la imagen del amor y convertida en dominio interior, en una forma de comprensión de la vida espiritual del hombre romántico, soñador, triste, "incorregible sentimental" que las cartas nos desvelan. No es extraño que pensándola a ella se confiese lector apasionado de San Juan, amante de la "Noche serena" y ferviente admirador de Juan Ramón Jiménez. No es extraño tampoco que sea tan parco y esquemático explicándole la función del clasicismo o qué representan las innovaciones técnicas de Rubén Darío, preguntas ambas que ella debió formularle. En cambio, se detendrá minuciosamente queriendo comunicar qué siente, cómo camina su imaginación, cuáles son los sueños interiores sublimados en proyecto de futuro. Ella es el pretexto para la comunicación interior. Por ésta las cartas se convierten en reflexión subjetiva y el amor en la forma más íntima de la sabiduría, quizá en la más profunda e inexplicable. La reiteración de ideas y epítetos subrayan, además, el fondo platónico y el alma romántica de quien se convertirá pronto en uno de los primeros poetas amorosos del siglo XX. Estas cartas son de precisa lectura para comprender el ánimo y la experiencia que preceden a *La voz a ti debida*. "La forma de querer tú/ es dejarme que te quiera" o "Amor, amor, catástrofe", poemas nacidos de experiencias bien distintas, parten de una conceptualización y de una reflexión que tienen en estos textos su primer testimonio: ella es ya una *razón de amor*. Y éste el sentimiento por el que conquista el poder vitalizador de la palabra, el poder de comprensión de todo un universo sensible y el poder de sentirse uno y diverso, confidente de luces, paisajes y atardeceres. A él se irán asociando los matices que progresivamente configuran el denominado panteísmo -"vienes a mi alma de todas partes y con todos los vientos"-, la comprensión idealista -"amémonos mucho y lo sabremos y lo comprenderemos todo"-, la necesidad de hacer de la vivencia un repetido prodigio -"nuestro cariño debe ser de mil matices"- . También el propósito de exaltar lo cotidiano, la voluntad de instaurar en cada día el derecho a la sorpresa y al milagro: ha nacido ya el poeta Salinas, el que será capaz de hacer de ella -sea cual sea su nombre- el centro de un cosmos nuevo. Pero decía al principio, como Pígalión, convirtiendo la vivencia amorosa en una *vita nuova*. El será el artífice, quien sabe que la experiencia es "mi posibilidad de definirme, de formarme a mí mismo, de irme viendo y todo esto sin límites: hablar con toda el alma". Las cartas, al fin, suplen una ausencia pero alimentan el sentir de Salinas que, como el rey-escultor, necesita de la vida de Galatea. Bastaría con analizar las sensaciones que él experimenta ante la lectura de los versos de San Juan para entenderlo. Al recordar los extraordinarios "mira que la dolencia/ de amor que no se cura sino con la presencia y la figura", no le pide a ella la presencia, le agradece la emoción que el santo le ha hecho sentir en su ánimo solitario. Salinas enamorado es ya Salinas poeta. El nos hará pensar que acaso la manifestación más bella del amor no sea sino -pura, simplemente- una diversa creación interior. Si así fuera, en 1912-1915, Salinas era ya un maestro en la invención y en la conciencia.